

Redacción y Administración: J. Casteyo, Alcalá Zamora, núm 1. | Semanario de Crítica y Educación Libertaria | SUSCRIPCIÓN: España, 2 ptas. trimestre; Extranjero 2,80. Número suelto 15 cts.

EDITORIAL

Por una rectificación gubernamental

En el número pasado publicamos las listas de los tres grupos de deportados que de una forma tan baja y ruin han sido seleccionados cual si se tratara de un mercado de esclavos.

Nosotros que los conocemos, que sabemos de sus ideas y sentimientos estamos convencidos de la igualdad que en ellos impera en la ausencia absoluta de ningún delito cometido.

Solo una táctica jesuítica, podía establecer en la desgracia categorías, diferencias y divisiones, tendientes siempre a aumentar el malestar moral de las víctimas del terror gubernamental.

La crueldad de los actuales amos políticos de España, debe aleccionar grandemente al proletariado arrancándole definitivamente los más pequeños vestigios hacia la ilusión política electoral.

La noticia de la ratificación del sostenimiento de las deportaciones, salida hace pocos días del Parlamento, ha de ser la piedra que haga derramar el agua del vaso repleto de odios y desconfianzas populares para con toda clase de Gobiernos llámense estos como se quieran.

Y el proletariado, el que sufre de la falta de pan y de justicia, tiene que reconocer la honda verdad que encierra la declaración de principios que encierra la 1.ª Internacional de los Trabajadores: «La Emancipación de los Trabajadores será obra de los Trabajadores mismos».

Y con esta definición, que es todo un programa de acción directa, y orientación, debe ir a la realización de la fuerza gigantesca que representa el proletariado organizado nacional e internacionalmente, dispuesto a borrar el estigma que los poderosos del pasado y presente nos clavan en la frente, imponiéndonos la explotación del hombre por el hombre.

Dijimos que la suerte del grupo de once deportados que quedan — aceptando creer las declaraciones emanadas del Gobierno con respecto a las órdenes de liberación de los restantes, — hablaríamos en este número.

Y nuestra intención es la de decir simple y llanamente que no se debe permitir que los planes de un Gobierno impopular y despótico se realicen sin que hayamos agotado todos nuestros recursos.

Esta venganza fría y calculada, de llevar hasta el último extremo el sufrimiento y la angustia de nuestros hermanos deportados, merece la contestación adecuada por nuestra parte: la de ir hasta donde nuestra fuerza y desesperación nos aconsejen, hasta poder estrechar entre nuestros brazos, a los valientes hijos del pueblo.

El pueblo trabajador tiene que acogerse como cosa de propia dignidad la causa de los deportados, pues, de no ser así, que la responsabilidad del crimen alevoso que se pretende realizar con los camaradas seleccionados por una mano criminal caiga enteramente sobre la conciencia de los cobardes.

Las organizaciones obreras tienen el deber moral de agitarse intensamente, llevando el movimiento vindicativo hasta planos cada vez más elevados de mareaje protestario.

La acción debe seguir al acuerdo, con coordinación y sin dilación. Ya no se trata de una injuria aislada y si de principios que se repelan y que es preciso se liquen: Tiranía o Libertad. Amores o Odios. Vida o Muerte.

Hay que escoger sin dilación y con la suprema energía de las grandes causas.

Nota Editorial.-A nuestros lectores

En este número de EL PORVENIR DEL OBRERO, empieza la publicación del interesante folleto «Entre Campesinos», y cuyo autor, el conocido propagandista y teórico del Anarquismo, ERICO MALATESTA, no tenemos necesidad de presentar por ser conocido de nuestros lectores.

LAGRIMAS DE COCODRILO

La lectura de un artículo escrito en buena hora por el articulista Taltavull, publicado en «L. V. de M.» del 18 del actual, nos ha sugerido el coger la pluma aunque sea tan sólo para añadir al trabajito en cuestión lo que el autor se calla.

Sin quererlo, dicho político cae en ridículo contraste entre lo expuesto en tal escrito y la actuación que en diferentes ocasiones ha observado, muy particularmente cuando le tocó la suerte de llevar la dirección de la citada «Voz».

Nos habla ahora de la realidad de los obreros campesinos en España y lo hace de una forma tan interesante que en el fondo nos ha causado gracia. Justifica y defiende las inquietudes, hasta derivar en violencias, de las masas campesinas, cuando ha querido imponerse con el fin de reclamar el derecho a la vida, cuando cansados de pasar hambre han apelado a la rebelión.

Este lenguaje no cabe en boca de quién, aun no hace mucho tiempo, tachaba de extremistas a los obreros de Alayor, cuando precisamente querían sacudirse el yugo que les oprime, sin apelar a la violencia que ahora tiene en consideración el escritor de marras.

Los obreros de Alayor sabemos que en el mundo actual hay mucha incultura pero también no olvidaremos que para poder instruirnos necesitamos antes emanciparnos de la esclavitud económica que nos aplasta y el hambre homicida que nos proporcionan el Estado y la Burguesía a cuyo engranaje intenta enclufarse el político que nos ocupa y cuyos intereses se dispone todo sacrificio — defender. De la instrucción oficial, de la cual se titula propagador, sabemos ya, por triste experiencia, a que extremos nos aboca.

Es muy natural que nos hayan sorprendido sus últimos conceptos y por si se le hubiera olvidado, diremos a dicho señor que estas diferencias sociales, este malestar obrero, esta gran caravana de aspectos de hambre no podrán resolverse dentro de la legalidad apropiada por él. Serán precisas grandes convulsiones que surgirán de la entraña del verdadero pueblo cuando se haya cansado de esperar, dándose cuenta que por medio de vías legales no llegará nunca a su completo bienestar.

No somos de los que olvidan. Está caliente aun en nosotros su campaña en contra nuestra para que admitamos como oro de buena ley, su tardío sentimentalismo. Lo que hacen estos diez mil pueblos de España hambrientos de pan y de justicia es lo que pretenden también los obreros conscientes de Alayor. Si el señor Taltavull ahora se siente conmovido y declara hacerse suya la actitud rebelde del paria explotado y vilipendiado por toda clase de regimenes burgueses, sea cualquiera el color político con que se vistan, precisamente ahora ya no podemos creer, ni poco ni mucho, en la bondad de sus intenciones y a través de sus falsas condolencias vemos asomar al político oportunista que olfatea la llegada de la pancea electoral. Por hoy nada más.

M. SINTES.

EL CULTO A LA RUTINA

Lento camina el cortejo. Con una lentitud que sobrecoge. ¿Que idea es la que dominando al cerebro, a la conciencia de la gente, les hace bajar la cabeza, clavar en el suelo las miradas, en señal de un aplazamiento y angustia sin fin?... Es la noción de la Muerte

Permítaseme el que haya distinguido esta última con mayúscula. Ello no obedece a ningún reconocimiento personal, a ningún religioso respeto. En buena lógica, no se puede respetar, ni temer, lo que no se reconoce, lo que no se está dispuesto a reconocer.

No se me escapa el beneficioso efecto, para la felicidad del individuo, de que éste se halle poseído del instinto de conservación de la vida, del deseo de vivir y gozar intensamente, dentro los límites que el citado principio dá lugar, que exija, en plena consciencia de su yo, el derecho por entero al banquete de la vida, en igual de condiciones con el resto de los mortales y con aquellas diferencias que no entrañan ni el más pequeño vestigio de superioridad ni inferioridad...

Entiendo que la vida tiene que amarse, tiene que respetarse, que frente al individuo que sin ton ni son, por la más pequeña nimiedad, sin que haya extrema necesidad de ello, expone su vida que es, muchas veces, un atentado a la de un semejante, o frente a otro que todo estoicismo, pacifismo, sensiblerismo no repela un ataque brutal con la intensidad a que él dé lugar para inutilizar todo efecto dañino... que, frente a estas actitudes, comprendo y siento la necesidad de reaccionar y de ir, donando temperamentos e instintos, al encuentro del término justo: amar, respetar y defender la existencia propia y extraña, con la mayor serenidad, con la mayor conciencia y con una voluntad inquebrantable en aleccionar los procedimientos de resistencia y de defensa.

Más, encuentro del todo estúpido, el temor a la desaparición como células humanas, éste sobrecogimiento colectivo frente a la transformación biológica, el dejarse dominar por la angustia, por el terror, frente al hecho consumado de una vida que desaparece del estadio que en la vida universal ocupa la especie humana. La muerte natural, aquella que proviene del desgaste por el paso del cuerpo por el factor tiempo, sería hora ya de que no espantase a nadie, cosa de que, además de señalar un estado de cobardía incalificable no evitará que la transformación se produzca.

La muerte heroica, la que viene a romper el curso natural de la existencia, cuando aun está lejos de la misma el punto de su desquiciamiento propio, merece capítulo aparte, porque encierra una gran elevación espiritual, porque es una valla opuesta al avance del enemigo—enemigo de la libertad y la igualdad entre los hombres—o, en otros casos, porque la acompaña la aureola del deseo de salvar a un semejante, la necesidad, siempre, del ataque a lo que obstaculiza el bello ritmo de la vida.

La religión, las religiones, han inculcado, extraordinariamente, el temor al más allá de la vida. Su reino, dicen, no es de este mundo... es del otro. No es terrenal, es celestial.

Para justificar esa declaración de principios dicen que los placeres más excelsos que puedan disfrutarse en la tierra, no son nada comparados con los que se disfrutan en el cielo; que por su parte renuncian a los goces y bienes terrenales ya que tienen asegurados los celestiales. No persiguen la felicidad, la salud del cuerpo, la satisfacción a las necesidades materiales, y cantan las excelsitudes del sufrimiento, de la tortura de los cuerpos, del impedimento al buen curso de la vida, ya que tanto mayores serán los goces en el otro mundo cuanto con más rigor se haya padecido en éste... ¿qué representa la dicha terrenal, tan corta y fea, frente a la maravillosa y eterna felicidad celestial?

Y es, examinando el espíritu convencido del creyente, del que experimenta en el cortejo la noción de la muerte, porque del hipócrita que finge una y otra cosa no me conviene coger nada en éste artículo, es cuando nos demos perfecta cuenta de la honda aberración a que puede llevarle el fanatismo religioso.

El desprecio a la vida terrena, única en realidad existente, mal que les pese a todos los teólogos y metafísicos habidos y por haber, es simplemente una locura, un caso clínico. ¡Con que satisfacción se abrirán los pulmones de la humanidad, el día en que un rayo de luz, de ciencia y de amor higienizará moral y físicamente los fúnebres antros de los templos eclesiásticos, de conventos y colegios fríos y vacíos de calor humano y sed de vivir, y pulverizará éste foco de infección material y tortura moral llamado cementerio...?

Gracias al fuego del terror, que con tanto esmero cuidan las religiones enemigas todas del saber, de la evolución social y humana, van perdurando determinadas prácticas que ya solo llegan a producir hondo pesar en el ser consciente, por lo vacías que ellas son en sentido común y en la lógica más elemental.

Sembrando el terror a la muerte las religiones comercian y trafican con la misma, encadenan a la humanidad moralmente encerrandola en un estrecho círculo, del cual no puede el individuo fácilmente salir so pena de echarle todo un infierno encima, no solo para cuando deje éste pícaro mundo, que esto al fin y al cabo nos tiene en absoluto sin cuidado, sino durante nuestra existencia y gracias a la presión que ellas ejercen en la santa rutina popular.

¡Oh, la santa rutina! Hay quienes creen que no haciendo acto de presencia en los almacenes en donde actúan esos negociantes de almas y cuerpos, traficantes en lo humano y lo divino, cínicos explotadores de la ignorancia, enfermedades y miserias morales que aquejan a los humanos y en todo lo cual gran culpa les cabe, ya están curados y a salvo de la lepra religiosa... ¡Oh suprema candidez!

No. No basta separarse de la iglesia, como tampoco el echar cuatro ternos a

cada diez pasos, para escapar a la influencia y dirección incluso del jesuitismo católico, apostólico y romano, protestante o patriota, diferentes principios de donde parten las cadenas que tienen subyugada a la humanidad y le impiden ser libre y feliz.

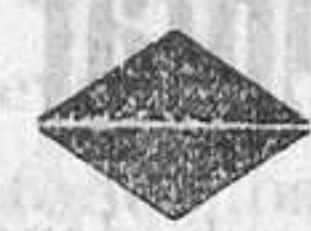
La santa rutina ha echado profundas raíces en la conciencia humana y no es tan fácil como se cree despegarse de ella por completo.

Aquí nos lo demuestra el paso del cortejo y la existencia del cementerio. Ahí la fomentación de la murmuración y de la crítica ramplona, contra el que ose tocar ni de lejos ni de cerca la tradición, la moral, los prejuicios sin fin que dominan al vulgo, las costumbres, la autoridad familiar. Más allá los odios perpetuos entre familiares o vecinos por los conceptos más absurdos, como también la existencia camaleónica, anfibiológica o sea de entes desplazados que van buscando continuamente al sol que más caliente, cambiando de

ideas con más facilidad que no se cambian las camisas, nadando continuamente en dos y más aguas.

Y todo este conglomerado y más aún que me dejo en el tintero por no alargar indefinidamente este trabajo, forma el monstruoso cuerpo de la santa rutina popular, cuyo timón es manejado en las sombras por los tiranos ensotados y sin ensotantar, enemigos de la luz, de la común inteligencia y camaradería fraternal y los que usan y abusan de ella tendiendo siempre a crear el confusionismo entre el pueblo trabajador, única manera de perpetuar sus privilegios, los que, precisamente, ¡y ojalá lo fueran! no son del otro mundo y si de ahí abajo, de esta mísera y corrompida tierra, a su decir, en donde se agarran con la desesperación del que se ahoga y con más hambre de placentas y satisfacciones impúdicas como hambre material no llegan a sentir todos los hambrientos de la tierra.

J. XENA



Entre morir en el taller y en la fábrica entre el engranaje infernal, morir en la mina enterado en vida, morir de hambre y miseria o morir en la guerra defendiendo la patria de los ricos, es preferible morir luchando por la Revolución en aras de la emancipación proletaria, de la Redención humana, de la libertad de los hombres y de los pueblos. — A. NIEVES NUÑEZ.

Todo el que disfruta cree que lo que importa del árbol es el fruto, cuando en realidad es la semilla. He aquí la diferencia que existe entre los que crean y los que disfrutan. — F. NIETZSCHE.

INSISTIENDO

POR LA LIBERTAD DE LOS DEPORTADOS

Cuando la prensa de empresa, o la que lame los pies a un gran señor, aplaude o calla las monstruosidades que comete un régimen, no comentando siquiera, en una actitud humana, el proceder que supone el votar por segunda vez la afrentosa deportación a Villa-Cisneros de un centenar de idealistas; arrodillándose ante los poderes la mayoría de los que hacen de la pluma un medio que les permite vivir holgadamente difamando al pueblo productor, sirviendo incondicionalmente al capitalismo que no regatea dádivas a quien le canta loas, y lo presenta en traje de luces en calidad de filántropo, mediador de todos los males.

Es un deber nuestro insistir haciendo que se oiga nuestra voz en pro del retorno de los deportados, ayudando materialmente a los que les falta el único sostén que Quiroga arrebató para salvar (según él) que se hundiera España y con ella los privilegios de los aprovechados tartufos de la segunda República implantada bajo un régimen de igualdad y justicia...

Como un cuenta gotas los social-fascistas van soltando la presa, retardando a algunos, pretendiendo atemorizar

con sus discursos a la burguesía presentando a los que quedan como a traga-niños, haciendo esfuerzos para justificar una actitud injusta, divorciando se cada vez más del pueblo que odia a sus esclavizadores que prometieron libertades y han dado cadenas.

Por encima de todo, y hoy más que nunca, debemos doblar los esfuerzos hasta conseguir lo que se arrebató de las propias entrañas del pueblo, víctima del furor gubernamental que se ensaña como siempre en las minorías selectas pretendiendo pasar el curso de los acontecimientos y han enmudecer a los anunciadores de la nueva aurora que redimirá a la humanidad doliente.

Que nuestro esfuerzo sea continuo, sin tregua, que la marcha afrentosa de las deportaciones quede en la historia a cuenta de quién las dictó, salvando con nuestra actividad la responsabilidad del pueblo que las soporta, engranando el noble espíritu que anida en los militantes de la C. N. T. y a nuestra prensa que repudia a quién por servir al amo no repara en el charco de basura en que se revuelca.

¡¡Solidaridad a los deportados!!

¡¡Tended la mano a los presos!!

P. S.

Ante un pavoroso problema

Decíamos en nuestro anterior artículo, al tratar la cuestión de los impuestos, que eran las actuales circunstancias de verdadera desesperación para las familias obreras. Efectivamente no nos engañabamos al afirmarlo entonces como tampoco faltaremos hoy a la verdad si repetimos estas tristes realidades.

El problema de la desocupación va tomando un aspecto tan desolador que hace prever cualquier desbordamiento popular. Nosotros estamos plenamente convencidos que dentro el sistema capitalista, estando la sociedad tan mal organizada, no será posible poner remedio a tantas iniquidades e injusticias. El mal tiene raíces muy hondas: que solo podemos deshacernos arrancándolas y plantando nuevo árbol, no con paliativos que aunque pretendan conjurar la enorme iniquidad presente, no hacen mas que perpetuarla.

Esta lacra social que constituye el enorme ejército de sin trabajo no pueden solucionarla los gobiernos por muchos que se llamen demócratas. Está demostrado de una manera categórica en el mundo entero, que, con este gran fantasma que ha incubado y creado el propio Capitalismo en ruinas, no pueden los Estados habidos y por haber, ni monarquías ni repúblicas.

Es este un problema que no tiene otra solución que cambiando el sistema de vida, haciendo desaparecer de la humanidad, la inicua explotación del hombre por el hombre; mientras tan-

to subsista en el mundo este antagonismo de clases, mientras haya unos que naden en la opulencia y en la orgía, disfrutando de todos los placeres sin producir, y otros que produciéndolo todo, carezcan de todo también, no será posible que los hombres vivan en completa armonía, en donde no imperen en tan repugnantes monstruosidades.

Todo lo que no sea establecer, antes que todo, la igualdad económica, será embaucamiento, politiquería, maneras de seguir engañando al pueblo, demasiado sumiso y obediente. Lo estamos viendo en España a tenor de la implantación de la República; se ha prometido mucho al trabajador, hasta el punto de creerse éste en cierto día, que había llegado su redención; y no obstante la contestación no puede ser más dolorosa; al primer intento de emancipación que el proletariado consciente plantea en el orden económico, es contestado por los gobernantes de nuevo cuño, por medidas de represión que jamás hubiéramos sospechado.

Volviendo al tema que nos ocupa y hechas las manifestaciones que anteceden, no creemos prudente que la clase obrera se tumbe a la bartola en espera que otro maná caiga, como bálsamo bienhechor, ni tampoco querer que sean otros los que nos los resuelvan. Es preciso que reaccionemos y planteemos de una manera clara y sin tapujos la desesperación nuestra; que cada pueblo cumpla su cometido.

En lo que respecta a Alayor, podemos asegurar, sin temor a equivocarnos,

que en estos actuales momentos y en la principal industria que es la del Calzado, solo trabajan normalmente un 30 por 100 de obreros; los demás unos pocos, se hallan a medio jornal y la gran mayoría ofreciendo sus brazos a cualquier burgues y patrono, quienes, aprovechándose de su miseria, una vez más les explota y humilla por cualquier limosna.

Esta es la realidad. ¿Que hacer ante ella? Despertar del letargo y exigir sea respetada nuestra vida.

No esperemos que las autoridades, que no ven nuestras angustias, por estar al otro lado, se dedican por su propia voluntad e iniciativa a poner un poco de alivio el desespero obrero. Es menester que otra vez les pongamos de manifiesto nuestra precaria situación por medio de actos que así lo atestigüen.

Puede ser que obrando así, con altivez y energía consigamos que estos señores, piensen, aunque sea tan solo unos momentos, en la clase trabajadora que padece y sufre unas miserias y bajezas morales, que ni se merece ni es la causante.

M. S. F.

¡¡ ALERTA !!

Otro dictador en vista

El general Pershing en un editorial publicado en el «New York Herald», órgano de la policía y de quien la paga dice que los Estados Unidos están maduros para implantar el fascismo.

Hace, el mismo matador, una llamada a la gente de corazón para que concentren todas las fuerzas morales y ma-

teriales por el triunfo del futuro régimen el cual, solo, podrá conseguir el inmediato arreglo de la situación crítica provocada por la descarada inmoralidad administrativa, por las extravagancias del gobierno, por la rebeldía de elementos insanos...

En fin, Pershing, como Hitler, desea ardorosamente amordazar, ligotar a los trabajadores que empiezan a rebelarse con justa razón.

¡Alerta, trabajadores! Un verdugo más se delinea al horizonte, ya rojo de sangre proletaria.

Las aspiraciones más justas de los mártires productores, ahogadas con encarcelamientos, con traiciones, con deportaciones, con asesinatos horribles, cometidos con seguridad de la impunidad por los esbirros de la burguesía, amenazan de ser sofocados por el fascismo internacional.

¡En la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires han hechado centenares de hectolitros de agua para hacer desparecer la sangre de los torturados, de los destrozados, para borrar las trazas de los crímenes horribles cometidos por los verdugos mandados por el infame Uriburu, pero las manchas, los charcos de sangre, quedan, mudo pero elocuente testimonio de la atrocidad fascista!

¡En Italia, no habiendo ya organizaciones obreras que saquear y destruir, las milicias del ex-director del «Avanti», disparan sobre los deportados; y los desdichados que tienen la desgracia de ser simplemente heridos, son denunciados a la autoridad judicial por insultos y rebelión a la fuerza pública!

¡Y en Polonia y en Portugal y... en España!

¡Y cuando pensamos que en Alemania hay más de quince millones de seres que quieren implantar el fascismo!

G. GUELLI

E. MALATESTA

Entre campesinos

Pepe.—¡Hola! ¿Tú por aquí? hace mucho que había querido hablarte y estoy contento por haberte encontrado... Jorge ¡cuanto me dás que pensar! Cuando estabas en el pueblo eras un buen muchacho, el mejor de los jóvenes de tu edad. ¡Oh, si viviese tu padre!

Jorge.—Pepe, ¿porqué me hablas así? ¿Que es lo que he hecho para merecer esos reproches? ¿porqué había debido estar mi padre descontento de mí?

Pepe.—No te ofendas de mis palabras Jorge, soy viejo y hablo por tu bien. Y además era tan amigo del viejo Andrés, que al verte por un mal camino me desagrada como si fueses mi hijo, tanto más cuanto que pienso en las esperanzas que tu padre ponía en tí y en los sacrificios que ha hecho para dejarte un nombre sin mancha.

Jorge.—¿Pero que es lo que dice, Pepe? ¿No soy, quizás, un trabajador honesto? No he hecho nunca mal a nadie, al contrario, y disculpa que lo diga, he hecho siempre el poco bien que he podido; ¿por qué habría de avergonzarse mi padre de mí? Hago todo lo posible por instruirme y mejorar; trato, con mis compañeros, de remediar los males que me afligen a mí, que te afligen a tí y que afligen a todos: por tanto querido Pepe ¿en que he merecido esos reproches?

Pepe.—¡Ah!, ¡ah! así te quería. Se bien que trabajas que ayudas al prójimo, que eres un muchacho honrado; lo dicen todos en el pueblo. Pero, mientras tanto, has estado preso más de una

vez; dicen que los gendarmes te vigilan, y que solamente por estar contigo en la calle pasan los ratos... Quien sabe si yo mismo me comprometeré ahora... pero te quiero mucho y te hablo a pesar de todo. Vamos Jorge, escucha el consejo de un viejo: deja que hagan política los señores, ya que ellos no tienen nada que hacer; piensa en trabajar y hacer el bien. Así vivirás tranquilo y en gracia con Dios; de lo contrario perderás el alma y el cuerpo. Oyeme, deja a los malos compañeros porque, como se sabe, son ellos los que desvían a los pobres muchachos.

Jorge.—Pepe, créeme, mis compañeros son todos jóvenes de bien; el pan que se llevan a la boca les cuesta lágrimas y sudor. Deja que los patronos hablen mal de ellos, pues quisieran chuparnos hasta la última gota de sangre, y luego dicen que somos una canalla si nos permitimos aunque no sea más que murmurar y gente de presidio si procuramos mejorar nuestra posición y sustraernos a su tiranía. Yo y mis compañeros hemos estado en la cárcel, es verdad, pero hemos estado allí por la causa justa: volveremos todavía y quizás nos ocurra algo peor, pero será por el bien de todos, será por destruir tantas injusticias y tanta miseria. Y vosotros, que habeis trabajado toda la vida y habeis sufrido también el hambre, y que cuando no podáis más tal vez tendréis que ir a morir a un hospital, no deberíais unirnos con los señores y con el gobierno para caer con quien trata de mejorar la condición de la gente pobre.

Pepe.—Hijo mío, se bien que el mundo va mal; pero querer arreglarlo es como querer enderezar las patas a los perros. Tomémoslo como viene y roguemos a Dios que no nos falte por lo me-

nos el puchero. Siempre hubo ricos y pobres y nosotros, que hemos nacido para trabajar, debemos trabajar y contentarnos con lo que Dios nos manda; si no perderemos la paz y la honra.

Jorge.—¡Vuelta con la honra! Los señores que nos lo han quitado todo, después que nos han obligado a trabajar como bestias para ganar un pedazo de pan, mientras ellos con nuestros sudores viven sin hacer nada bueno, en las riquezas y en la crápula, dicen luego que nosotros para ser hombres honrados, debemos soportar voluntariamente nuestra posición y verlos engordar a nuestras espaldas sin quejarnos siquiera. Si en cambio nos recordamos de que también nosotros somos seres humanos, y que el que trabaja tiene derecho a comer, entonces somos malos; los gendarmes nos llevan a la cárcel y los curas por añadidura nos mandan al infierno.

Escuchame, Pepe, tu que eres un trabajador y no has chupado nunca la sangre del semejante. Los verdaderos bandidos, las gentes sin honor son los que viven de prepotencia, los que se han apoderado de todo lo que hay bajo el sol y los que a fuerza de padecimientos han reducido al pueblo a la situación de un rebaño de ovejas que se debe esquilmar y matar tranquilamente. ¿Y vosotros os ponéis con los años para caer contra nosotros? No basta que tengan de su parte el gobierno, el cual, estando formado por señores, no puede menos que apoyarlos: es preciso por tanto que nosotros mismos hermanos, los trabajadores, los pobres, se pongan en contra nuestra porque queremos que tengan pan y libertad.

¡Oh!, si la miseria, la ignorancia forzosa, el hábito contraído en siglos de esclavitud, no expli-

Los efectos de una causa Una víctima policíaca

(Los regalos del socialismo enchufista y deportador)

Cuando el democrático Gobierno de la segunda República española impuso a las proletarias hispanas el «Seguro de Maternidad», se protestó un poco en algunas poblaciones; pero al fin se resignaron las más, y dos meses después nadie se acordaba ya de nada, porque todas se habían acostumbrado a pagar los quince céntimos como una cosa natural. Entonces, pocos fuimos los que pensamos en los efectos que de aquella funesta causa habían de derivarse. Mas, ahora que los estamos tocando todos, lamentamos el no haber exigido entonces que esa famosa ley fuese anulada.

En los medios médicos sabemos por experiencia que se hallan los casos más eminentemente patológicos, porque la casi totalidad de médicos, practicantes, etcétera olvidan fácilmente la misión que la sociedad tienen que cumplir, convirtiéndose frecuentemente en una máquina de hacer pesetas. Cuando no se les paga o se les retribuye mal ponen el menor cuidado posible al manipular al paciente, sin importarles un bledo que aquel enfermo sucumba víctima de su negligencia. En este caso, pues, se hallan todas las comadronas y médicos pésimamente subvencionados por el Estado para que asistan las puerpadas, que a jirones van dejando sus vidas en talleres y fábricas. De modo que quienes sufren las consecuencias de esta mala, que segura, retribución, son las obreras que tienen que

pasar por el trance de arrojar al mundo un nuevo ser.

Para muestra, citaremos un caso entre mil que podríamos denunciar a la vindicta pública. En el caso de Pepita Matas, obrera que fue de la fábrica de Alfonso Sala (Tarrasa). Esta mujer dejó oportunamente el trabajo rebosante de salud y juventud. Mas llegó el momento de dar a luz, y tanto la comadrona como los médicos que la asistieron, se estimaron incapaces de sacar con vida al feto sin matar a la madre, y viceversa. Decidieron matar al niño para salvar a la madre, y una vez fuera el cadáver han dejado gangrenarse durante tres semanas a la madre, por descuidarse de practicar las más elementales reglas que la higiene prescribe en estos casos, pues luego de haber desocapado, sólo un lavado virginal le hicieron, y para nada más se han acordado de la limpieza que sus órganos exigían. ¿Puede extrañar a alguien que una puerpera se infecte y muera gangrenada después de ser tan descuidada por estas comadronas desnaturalizadas, que solo se preocupan de cobrar las miserables pesetas que las republicanas (?) autoridades les arrojan?

Como se ve, pues, basta ser ministro para imponer a todo un pueblo leyes absurdas como ésta, que solo sirven para diazmarlo, y basta también os tentar un título académico o universitario para asesinar impunemente a cientos de jóvenes y humildes madres junto con sus tiernos hijitos.

Por «Soli» de Barcelona, nos llega la triste nueva de la pérdida del que fué entusiasta propagador del Ideal Anarquista DANIEL CONDE. La amistad que nos ligaba con él era tan honda como grande ha sido la pena que nos ha causado la triste noticia.

Excelente camarada. Bohemio libertario incapaz de resistir por mucho tiempo la permanencia en un sitio determinado. Disfrutamos de su camaradería en el destierro voluntario, en diferentes ocasiones, y en los cuatro lados de la nación vecina. De un buen humor inagotable. Solidario y desinteresado. Entusiasta del movimiento obrero con tendencia anarquista, sufrió como el primero de las desviaciones que se introdujeron en la C. N. T., pues no se cansaba de repetir que ellas saboteaban el movimiento revolucionario que destruyendo la sociedad capitalista construiría, con los medios existentes, un mundo mejor orientado hacia la Anarquía.

En una de sus visitas a la cárcel fué salvajemente pisoteado y aporreado hasta el punto que aniquilaron su ya algo débil naturaleza, y accidente que le costó la vida, después de unos tres años de luchar animosamente contra sus pulmones e intestinos destrozados.

Su optimismo no le abandonó un solo instante. En su última correspondencia, manifiesta una vez más hallarse convencido de que cerca, muy cerca, se halla de España la aurora libertaria que emancipará al sufrido trabajador español...

Han terminados sus padecimientos.

Le acompañará nuestros más fraternales y afectuosos recuerdos...

J. XENA. A. PUIG.

Correo interior

La repetición constante de hechos análogos al descrito, está ya dando lugar a que las mujeres que próximas alumbran se hallan, paguen de su bolsillo los servicios que la comadrona les presta, por temor a parecer en las metalizadas manos de las matronas que las autoridades les envían.

Y las autoridades, encantadas de que los gastos disminuyan, porque los ingresos eran más conocidos...

¿Callaremos nosotros, los militantes de la C. N. T., ante el aleyoso e indirecto asesinato de nuestras compañeras e hijitos, víctimas del famoso «Seguro de Maternidad»?

Las compañeras y compañeros aludidos tienen la palabra.

René PROGRÉS.

A. Domínguez: En nuestro poder la tuya junto con el artículo, que no publicamos por no repetiros, pues en el último número verás una extensa reseña del bárbaro atropello de que fuisteis víctimas durante la excursión a Carlet. Delicias del régimen republicano-social-fascista. —De lo otro que diges, solo te diremos que todo lo que hemos recibido de tí ha sido publicado. Como siempre, dispón.

J. Morató: Recibido carta y giro. Irá carta.

J. Llop: X. desea que pronto le escribas.

Red.

Imp. de F. Truyol, Bastión 55. — Mahón

(2) sen este hecho doloroso, diría que no tienen honor ni dignidad aquellos pobres que apuntalan a los opresores de la humanidad, y no nosotros que ponemos, en peligro este misero pedazo de pan y este fragmento de libertad, para llegar al punto, en que todos estemos bien.

Pepe.—Sí, sí, todo eso está bien; pero sin el temor de Dios no se hace nada bueno; he oído hablar a aquel santo varón que es nuestro párroco, el cual dice que tú y tus compañeros sois una banda de excomulgados; he oído decir al señor Antonio, que ha estudiado y lee siempre los periódicos, que sois o bien locos o bien bandidos, que quisieráis beber y comer sin hacer nada, y que en lugar de hacer el bien de los trabajadores, impedís a los amos arreglar las cosas lo mejor que se puede.

Jorge.—Pepe, si queremos, dejemos en paz a Dios y a los santos; por que, como ves, el nombre de Dios sirve de pretexto y medio para los que engañan y oprimen a sus semejantes. Los reyes dicen que Dios les ha dado el derecho a reinar, y cuando dos reyes se disputan un país, los dos pretenden ser enviados de Dios. Luego Dios da siempre la razón al que tiene más soldados y mejores armas. El proletario, el usurero, el especulador, todos hablan de Dios, y representantes de Dios se dicen el sacerdote católico, el protestante, el hebreo, el turco, y en nombre de Dios se hacen la guerra, y tratan cada cual de llevar agua a su molino. Del pobre no se encarga nadie. Al oírlos parece que Dios se lo ha dado a ellos, y que a nosotros nos habría condenado a la miseria y al trabajo. El paraíso es para ellos en este mundo y en

el otro; para nosotros existe el infierno en esta tierra, y el paraíso solamente en el mundo del más allá si hemos sido esclavos sumisos... y si queda puesto.

Oye, Pepe, en asuntos de conciencia en asuntos de conciencia yo no quiero entrar y cada cual es libre de pensar lo que quiera. Por mi cuenta, no creo en Dios ni en las historias que nos cuentan los curas, porque quién las cuenta tiene un interés un poco excesivo en ellos; porque existen muchas religiones cuyos sacerdotes pretenden ser los que dicen la verdad, no dando pruebas. También yo podría inventar un mundo de fábulas y decir que el que no crea y no me obedezca será condenado al fuego eterno. Me trataréis de impostor; pero si tomase a un niño y le dijese siempre lo mismo sin que nadie le dijese nunca lo contrario, al llegar a grande creería en mí, lo mismo que vosotros creéis en el párroco.

Pero en resumen, eres libre de creer lo que te parezca, pero no vengas a contarme que Dios quiere que trabajes y sufras hambre, que tus hijos crezcan débiles y enfermizos por falta de pan y cuidados, y que tus hijas deban estar expuestas a convertirse un día en queridas del perfumado patroncito, porque entonces diré que Dios es un asesino.

Si Dios existe, no ha dicho a nadie lo que quiere. Pensemos por consiguiente el hacer de este mundo el bien nuestro y el de los demás; si hubiese un Dios en el otro mundo y fuese justo, nos encontraremos siempre mejor si hemos combatido por hacer el bien, que si hemos hecho sufrir o hemos permitido que otros hiciesen sufrir a los hombres, los cuales, según el párroco, son todas criaturas de Dios y hermanos nuestros.

Y por otra parte, créeme; hoy que eres pobre, Dios te condena a las privaciones; si mañana con siguieras de un modo cualquiera, incluso con la acción más censurable, reunir mucho dinero, adquirirías de inmediato el derecho a no trabajar, a pasear en coche, a maltratar a los campesinos, a atentar contra el honor de las pobres muchachas... y Dios dejaría hacer como deja hacer a tu amo.

Pepe.— ¡La virgen! desde que aprendiste a leer y a escribir y te tratas con la gente de la ciudad has reunido tanta habilidad para hablar, entendarías a un abogado. Y si he de decirlo francamente, has dicho cosas que me has dejado cierta comezón. ¡Imagínate! mi Rosina, que ha crecido, tiene un joven pretendiente que la quiere mucho; pero tu comprendes, somos gente pobre; habría necesidad de una cama, de un poco de ropa, y algún dinero para abrirle un bolichito, pues es cerrajerío, y si pudiera librarse de estar bajo el patrón que le hace trabajar por una miseria, podría sacar adelante la familia que formará. El amo podría adelantarme algo, que yo le repondría poco a poco. Pues bien ¿lo crees? cuando le hablé respondió riendo a carcajadas, que esas son obras de caridad de que se ocupa su hijo; y el hijo del amo en efecto ha ido a vernos, ha visto a Rosina, le acarició las mejillas y dijo que justamente tenía listo un ajuar que había hecho para otra y que Rosina debía ir personalmente a recibirlo. Y en sus ojos brillaron ciertos deseos que casi me hacen cometer una barbaridad.

¡Oh! si mi Rosina... pero dejemos estos pensamientos.